

Psicología y desarrollo humano

## Estima e integración del límite

**Hna. Virginia Isingrini**  
**Misionera Xaveriana y psicoterapeuta**

### **Límite espiritual y autoestima**

Cada uno de nosotros atribuye un mayor o menor peso al límite físico, psíquico o espiritual, dependiendo del baricentro de la propia identidad. Entre más se ensancha el horizonte, tanto más confiere razón al misterio del ser humano. Una estima de sí fundada simplemente en un físico hermoso se nutriría de su misma caducidad; pero también unas cualidades psíquicas que no se abrieran a una dimensión más trascendente, se condenarían a los confines del éxito o la popularidad.

Por otra parte, en la medida en que el horizonte se «espiritualiza», las estrategias para escamotear el límite deben hacerse más sutiles. A quien se cree intachable moralmente, le será muy difícil, cuando no imposible, integrar algo que realmente no posee: el pecado. Bien describe Péguy a este tipo de personas: «La razón está precisamente en que las gentes más honradas, o que en definitiva a las que más se denomina y que gustosamente se denominan como tales, no tienen puntos débiles en su armadura. Son invulnerables, su piel moral les procura un pellejo impenetrable y una coraza sin fallos. No ofrecen aquel punto abierto que se produce por una herida atroz, por un disgusto inolvidable, una vergüenza que no se puede superar, una sutura siempre mal cosida, una angustia mortal, un miedo invisible siempre al acecho, una secreta amargura, un derrumbamiento siempre velado, una cicatriz eternamente mal curada. No ofrecen a la gracia aquella punta de irrupción que, por su naturaleza, es el pecado. Al no estar heridos, no son curables; al no faltarles nada, nada se les da de todo cuanto existe. Ni siquiera el amor de Dios venda a quien no tiene heridas. Porque un hombre yacía en el suelo, lo levantó el samaritano... Quien no está caído, nunca será alzado».

Sea cual fuere –defecto físico, inmadurez o falta moral–, la presencia del límite influye fuertemente sobre el valor de sí. Y si, por un lado, se procura negarla o siquiera anestesiarla, por el otro se encuentra también a aquellos que lloran de continuo sobre ella. Es como si al «exhibir» sus propios defectos o problemas, encontraran en la lástima ajena, paradójicamente, una fuente de estima. Aun en el sufrimiento se puede hallar alguna ventaja. Tanto ocultar como exhibir producen, a fin de cuentas, el mismo resultado: el límite se agiganta y la estima de sí se ve amenazada.

### **¿Eliminar el límite?**

He aquí por qué podemos estar sinceramente convencidos de que, al eliminar el límite, conseguiremos esa valía personal que es tan importante. Con frecuencia también mejoramos sensiblemente éste o aquel defecto, inclusive lo suprimimos, pero pronto descubrimos otros. El simple paso del tiempo, que nos conduce inexorablemente a la muerte, es al fin la barrera más grande que enfrentaremos.

¿Es posible que para ser valioso se deba ser omnipotente o perfecto? Sólo un loco puede creer en verdad que alcanzará esta inmortalidad anticipada. Nuestra experiencia diaria, si tuviéramos un poco de humildad, nos desmentiría sin misericordia. ¿No será que el valor de

nuestra persona puede construirse dentro de nuestros límites y no sin ellos? Todo depende de cómo los miremos. Si dar un nombre a nuestras limitaciones constituye un primer paso de libertad, acogerlas en nuestra existencia no es tarea menos ardua. ¿Aceptarlas a la luz de qué?

¿Qué significado atribuirles? ¿Basta la simple aceptación? ¿No será que con eso nos resignamos ante nuestros límites sin hacer nada para cambiarlos?

Así expresa Guardini la tensión que se engendra entre aceptación y transformación de nosotros mismos: «Debo renunciar al deseo de ser otra cosa sino lo que soy... Debo renunciar a tener cualidades que me están rehusadas; debo reconocer mis límites y mantenerlos. Esto no significa renunciar al esfuerzo de elevarse. Eso puedo y debo hacerlo, pero en la línea de lo que se me ha dado. Tampoco puedo sucumbir al resentimiento, esa actitud que revela que realmente no me he aceptado... Y la claridad y valentía de esa aceptación constituyen el fundamento de toda existencia. Esa exigencia no la puedo cumplir por caminos meramente éticos. Sólo puedo hacerlo desde algo más alto. Y con eso estamos en la fe».

Cuando llegamos a este punto, Dios puede concedernos también el don de un sano humorismo. «En verdad es un momento bendito –afirma Lassus– cuando finalmente nos aceptamos, cuando desechamos las máscaras y empezamos a reírnos de nosotros mismos y de los demás, sabiendo que Dios ríe con nosotros. ¡Estupenda lección que nos viene de las cosas, de la edad y de la gracia!»

### **Dios ha amasado nuestro barro con sus lágrimas**

En los primeros capítulos del Génesis, el autor describe a Dios paseando por el jardín después de que Adán y Eva han perpetrado su rebelión, al comer del árbol del bien y del mal. Dios, como un gran rey oriental, pasea a la hora de la brisa del día. La imagen es muy bella e indica una profunda familiaridad y amistad entre el Creador y su criatura. Pese a su pecado, Dios no parece estar enojado con Adán, pero éste se oculta de su vista. La pregunta «¿dónde estás?» viene después de que el hombre se ha escondido, como si Dios quisiera interrumpir esta fuga y devolverlo a sí mismo. La primera respuesta de Adán es que ha oído sus pasos en el jardín, tuvo miedo y por eso se ocultó. Dios, que hasta ahora no le ha hecho ningún reproche, es percibido como un enemigo. Parece que Adán está en conflicto con Dios, mientras en realidad no está en paz consigo mismo, no acepta ya su límite. Sin embargo, atribuye a Dios este rechazo y le tiene miedo. Dios, que paseaba a la brisa del día, quería encontrarse con el hombre como a un amigo muy querido. No había motivo para temer.

La segunda razón que aduce Adán es que está desnudo. El hombre tiene pavor a su desnudez, tiene miedo a su propio rostro. En la Biblia, la desnudez indica la verdad del ser humano, sobre todo su vulnerabilidad, su precariedad e inestabilidad. Mostrarse desnudo es mostrar el rostro verdadero. Antropológicamente, las vestiduras tienen el fin de ocultar la desnudez, de no revelar al otro la propia debilidad.

Antes el hombre no necesitaba cubrirse; después del pecado, tiene miedo a mostrar su verdad. Recurre, entonces, a una cobertura ficticia (hojas de higuera), símbolo de una modesta defensa del propio ser o de una dignidad míseramente conquistada. Pero incluso ante esta desnudez del hombre, entra una vez más Dios en acción, con un gesto de amor que nos relatará más tarde el autor bíblico: «Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de

pieles y los vistió». Se describe aquí a Dios como un padre de familia que se preocupa de vestir a sus hijos. Es Él quien consigue devolver a su criatura rebelde una cierta dignidad externa, quien esconde aquel límite que el hombre ya no sabe aceptar, que le da vergüenza. Dios no está enojado con nuestros límites; así lo expresa líricamente Gibrán Jalil en su poema

«Del dolor»: «Y la copa (del dolor) que ofrece, aunque queme vuestros labios, ha sido modelada con el barro que el Alfarero humedeció con sus propias y sagradas lágrimas». Él sabe de qué estamos hechos, conoce nuestro barro, nuestro dolor, hasta en sus más ocultas y desgarradoras resonancias. Porque lo ha hecho suyo, porque en su Hijo lo ha asumido, amado y redimido.

Quizá sea éste el límite que, a fin de cuentas, más nos hiere: que Dios sea Dios, que nos ame desmedidamente antes y después de nuestra rebelión.

Como agua derramada sobre el piso se concentra donde encuentra alguna imperfección, algún agujero, así la misericordia del Señor gusta de verterse donde hay mayor miseria. Dios logra ver, más allá de nuestra fealdad, una belleza que nosotros ni siquiera intuimos, y que gracias a su mirada puede salir a flote.

Bíblicamente, encontramos este escándalo ante el amor de Dios en la parábola de los obreros de la viña. Cuando al final del día el patrón paga a cada cual su jornal, los que llegaron primero murmuran porque los de la última hora reciben lo mismo. Y Él les contesta con fuerza: «¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O vas a tener celos porque yo soy bueno?» (Mt 20, 15). Si Dios fuese simplemente un recaudador de impuestos, uno que al terminar el día se limitara a recolectar lo que le es debido, es decir, nuestras obras buenas, entonces tendríamos a alguien a quien demostrar que somos capaces de responder a sus órdenes, que somos cumplidos y, por ende, merecedores de la justa recompensa. Un Dios airado, que exige cuentas y que aplasta nuestro límite, puede al fin resultarnos más cómodo, porque nos permite creer que el premio lo hemos conquistado a fuerza de nuestras luchas.

Pero un Dios que nos ama y perdona sin más, realmente nos desconcierta. Y entonces, ¿quiénes somos en verdad?